

The background of the cover is a watercolor-style illustration. It depicts a woman with long, dark hair and bangs, wearing a green garment, looking down with her eyes closed. Her hand is resting on the arm of another person whose face is partially visible on the left. The scene is set against a light, textured background with several red, stylized flowers and dark, thin branches. The overall mood is contemplative and serene.

Moying Li

bam
bú
AMÉRICA

Nieve en primavera

Crece en la China de Mao

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

© 2008, Moying Li
© de esta traducción Noemí Risco
© 2009, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Albert Asensio

Título original: *Snow Falling in Spring*

Primera edición: mayo de 2012
ISBN: 978-84-8343-231-0
Depósito legal: B-13902-2012
Printed in Spain
Impreso en

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

El Gran Salto

大躍進

Era un verano caluroso y «Gran Salto Adelante» eran las palabras que todos los adultos tenían en los labios.

–¡En quince años China adelantará a Gran Bretaña!
–gritó alguien que desbordaba entusiasmo.

Entonces Baba, mi papá, hizo girar la bola del mundo de madera que tenía junto a su escritorio y me señaló dónde estaba Gran Bretaña. Cuando tocó el lugar con la yema del dedo, murmuré:

–Pero si es muy pequeño.

No entendía por qué Baba y sus amigos tenían tantas ganas de que China, una gran mancha verde en la bola del mundo de mi papá, superara un país que no era más que una mota grisácea, más chico aún que algunas provincias de China. Pero la esperanza que reflejaban sus rostros y la confianza de sus voces me transmitieron que el Gran Salto Adelante sería un gran logro, algo de lo que estar

realmente orgullosos. Por aquel entonces confiaba en los adultos con todo mi corazón. Aquel fue el verano de 1958 y yo tenía cuatro años.

Mi familia vivía en Pekín con mi abuela materna, Lao Lao, y mi abuelo materno, Lao Ye, en un *siheyuan* tradicional, un gran patio cuadrado, rodeado de casas de un solo piso con tejados inclinados a cada lado. Compartíamos nuestro *siheyuan* con mis tías, mis tíos y unos cuantos inquilinos: la familia de un sastre, la de un electricista y la de un administrativo.

Varias décadas antes de mi nacimiento, Lao Ye había colocado con mucho cuidado aquellas tejas lisas y grises, y había instalado grandes ventanales en las paredes de ladrillo. Encima de las ventanas de vidrio había unos *zhichuang* (postigos), que podían sostenerse con unos palos delgados para dejar entrar aire fresco. Cuando los truenos y los relámpagos desataban su furia en el exterior, me acurrucaba junto a Lao Lao y miraba a través de los cristales mientras ella me mimaba con té dulce y galletas. Dentro me sentía cómoda y a salvo.

El jardín de nuestro patio era mi lugar preferido, lleno de flores que se turnaban para florecer incluso a finales de otoño. Los narcisos dorados –o hadas del agua, como las llamaba Lao Lao– anunciaban con orgullo la llegada de la primavera. En verano, el blanco jazmín se abría de noche y llenaba nuestro *siheyuan* con su fragancia. Lao Lao animaba a las ágiles enredaderas de jazmín a trepar libremente alrededor de nuestra valla de bambú y formaban un muro repleto de flores que separaba el jardín del resto del pa-

tio. Los resistentes crisantemos –rosas, amarillos y blancos– florecían de una estación a otra. Fue en ese jardín, según me contaron, donde di mis primeros pasos, rodeada de mis tías y de mis tíos, que alargaban los brazos para sujetarme por si me caía.

Al lado del muro de jazmín había un alto *huaishu* (sófora: acacia del Japón). En los meses de verano el dulce aroma de sus delicadas flores bañaba nuestro patio, mientras las canciones monótonas de las cigarras, resguardadas entre las hojas abundantes, me arrullaban hasta quedarme dormida. Bajo la sombra refrescante del *huaishu*, Lao Lao estableció un lugar permanente para dos de mis cosas favoritas: una mesita roja de madera y un silloncito rojo, unos obsequios de mi futuro tío político, que me había prodigado su talento de artesano en la habilidosa lucha por conquistar el corazón de mi querida tía.

Durante el día, el jardín se convertía en el centro de las actividades de nuestra familia; era un lugar donde las mujeres cosían y lavaban, mientras los hombres charlaban. Para mi hermano, Di Di, y para mí, el patio descubierto junto al jardín era tanto un lugar de recreo como un campo de batalla. Ahí compartimos nuestro nuevo triciclo con los hijos de los vecinos y nos turnábamos para ir a toda velocidad de un lado a otro del patio. Aunque Di Di era un año más chico que yo, iba más rápido con el triciclo. Con nuestro amigo Ming, el hijo menor del sastre, subido atrás, Di Di pasaba pedaleando por todas las puertas de nuestro patio y saludaba a cualquiera que se molestaba en mirar. A veces los dos iban directos hacia mí y hacia las otras chicas

hasta que gritábamos y nos dispersábamos. En aquel gran patio, aunque los adultos nos vigilaran desde las ventanas, nosotros nos sentíamos totalmente libres.

Después de una cena familiar sobre una gran mesa cuadrada, sazónada con las bromas de mis tíos y las risas de mis tías, cada unidad familiar se retiraba a sus distintas habitaciones. Para mí, sin embargo, no había límites, ya que entraba y salía como una flecha de la casa de mis padres y la de mis abuelos. Yo pensaba que la familia era la familia, sin puertas ni paredes de por medio. Y como era la primera nieta, creía que merecía todos sus corazones y todo su espacio.

Nuestros animales de granja disfrutaban casi de la misma libertad, alojados en un cobertizo, debajo de un olmo gigante que había en un rincón del patio. Para mí el cobertizo era como un pequeño zoo. Ahí vivían dos conejos blancos con unos grandes ojos rojos, también un gallo con unas brillantes plumas doradas, y cuatro gallinas, dos blancas y dos marrones. Lao Lao había elegido a cada animal con cuidado en los puestos de los vendedores ambulantes. Los conejos eran mis preferidos porque eran muy cálidos y suaves al tacto. A veces incluso los atraía hacia mi habitación con una zanahoria para poderlos abrazar.

A principios de aquel verano, cuando tenía cuatro años, Baba nos llevó a Di Di y a mí a visitar a su hermana menor, que vivía al lado del mar. Cuando volvimos en otoño, casi no podía creer lo que veían mis ojos: ¡había ladrillos, agujeros y chatarra desparramada por todo nuestro patio! Un

horno de ladrillo feísimo, casi tan alto como Baba, estaba plantado justo en el centro. Me quedé horrorizada.

–Es para hacer hierro y acero para el Gran Salto Adelante –dijo Baba–. Nuestro país necesita materiales de construcción fuertes.

Otra vez el Gran Salto Adelante, pensé, y me acordé de la bola del mundo de mi papá, con sus puntos y manchas de colores. Rodeé con cautela mi patio destruido, esquivando a los adultos atareados que, con palas en las manos, estaban demasiado absortos para prestarme la habitual atención. Hasta Lao Lao se unía a sus esfuerzos.

–¿No es maravilloso? –Sonrió mientras me hacía upa–. Estamos ayudando a nuestro país.

–Sí, ya sé. Vamos a alcanzar a aquel *punto* tan chiquitito antes de que yo sea grande –refunfuñé.

Al ver lo que aquel Gran Salto había hecho a mi lugar de recreo, me costó compartir su entusiasmo.

Mi libertad, junto con las de los conejos y el gallo, no tardó en restringirse. Por orden de Lao Lao, teníamos que quedarnos detrás de la valla de bambú. Al otro lado de la valla, el mundo se volcaba en nuestro patio, día y noche. Muchísimos vecinos ilusionados traían leña en carretillas y la apilaban junto al horno, por lo que había combustible más que suficiente para avivar el fuego que rugía y chisporroteaba. Algunos trozos de madera los habían cortado recién de sillas y bancos viejos con la pintura desconchada, de los que todavía sobresalían algunos clavos puntiagudos. El horno, mi enemigo número uno, estaba construido con capas y capas de ladrillos rojos. Encima de ellos había un sombrero metálico y brillante, del

que salían chorros de humo y a veces incluso chispas rojas. Fascinada, pero asustada, miraba fijamente el ardiente horno mientras abrazaba a mi conejo favorito para consolarme.

Nada de aquello parecía molestar a los adultos. Entraban en fila en nuestro patio con sus ollas y cazuelas, todo lo que podían encontrar y todo de lo que podían prescindir, para fundirlas y convertirlas en acero. La gente no tenía mucho en aquella época, pero la chatarra vieja no tardó en formar una montañita al lado de la pila de leña. Mientras observaba, la esposa del sastre salió de su casa con una sartén. Vaciló, la dio vuelta en sus manos y la limpió otra vez con su pañuelo. Parecía que se estaba despidiendo de una vieja amiga.

Caminó despacio hasta la pila de metal y dejó con cuidado la sartén, que ahora brillaba bajo el sol, encima de la montañita. Se la quedó mirando unos instantes; después de repente se giró y se alejó, sin mirar atrás.

Da Jiu, mi tío materno más viejo, un profesor de matemática que estaba en baja de enfermedad, se encargaba del control de calidad. Agachado debido a su espigada altura, inspeccionaba la pila y separaba las piezas útiles de la chatarra. Cuando agarró la tapa de un wok, la examinó, le dio unos golpecitos suaves y después la tiró a un montón más chico, donde depositaba los artículos rechazados. Asintió a la montaña de metal que se hacía más grande minuto a minuto.

Mi vecino preferido, el tío Liu, el electricista, alto y ancho de hombros, estaba parado junto al horno como un guerrero, y agarraba con la pala sillas viejas y troncos pa-

ra arrojarlos dentro. Agarró una barra larga de acero con las dos manos y usó la punta para mantener abiertas las bisagras de la puerta del horno. Pinchó la madera ardiente y después cerró la puerta de golpe cuando la madera empezó a crepitar. A mí me pareció como si estuviera dando de comer a un dragón rugiente. El administrativo, de poca estatura y morocho, pero igual de serio, usaba un gran cucharón de hierro para llevar el líquido abrasador hacia el molde, mientras que nuestro tercer vecino, con la cara brillante por el calor de las llamas, revisaba el fruto de su trabajo con la precisión de un sastre.

Parada, a una distancia prudencial, me quedé paralizada por la escena que tenía delante de mí, y me olvidé del miedo y de mi lugar de recreo destrozado. Entonces se me ocurrió una idea. Salí corriendo hacia la cocina de Lao Lao, abrí las grandes puertas de su mueble y me puse a cuatro patas para buscar los tesoros de la familia. Encontré un gran cucharón para el agua en un rincón del mueble y algunas cucharas en un cajón, y lo tiré todo en una canasta de bambú que había al lado de la cocina. Tomé un caldero y también lo puse en la canasta. Antes de salir como una flecha, examiné la cocina por última vez y después tiré encima de mi botín el pesado cuchillo de carnicero que tenía Lao Lao. Arrastré la canasta detrás de mí, corrí tan rápido como me lo permitieron mis pies y la carga, y lo tiré todo, canasta incluida, sobre el montón de metal que había seleccionado Da Jiu con tanto esmero. ¡Gracias a Dios había estado observando de cerca y sabía qué pila era la elegida!

Retrocedí sigilosamente detrás de la valla de bambú y

me dejé caer en mi silloncito rojo, cansada, pero contenta. Me quedé ahí sentada todo el día, embelesada. Compartí todas las señales de triunfo: el electricista le dio unas palmaditas en el hombro al administrativo, el administrativo le dio la mano al sastre y después todos aprobaron el trabajo de Da Jiu. Mientras el sol descendía poco a poco y dejaba un rastro de nubes púrpuras en el cielo despejado de otoño, Da Jiu se subió las lentes de montura negra y sonrió.

De repente oí la voz de Lao Lao. Recién volvía a casa y se disponía a preparar la cena.

–¿Dónde está mi caldero? –preguntó mientras pasaba por donde yo estaba sentada–. ¿Viste mi cuchillo de carnicero?

–Sí, ayudé con él a nuestro país –contesté, orgullosa, sin apartar la vista del horno–. Tal vez ya estén ardiendo.

Lao Lao se apuró y corrió hacia Da Jiu y su pila de metal. Juntos encontraron el caldero y algunas cucharas, pero no el cuchillo de carnicero grande. El utensilio se había unido a sus compañeros en el fuego abrasador por el bien de China.

Mi aventura circuló por la mesa en la cena de aquella noche. Después de atragantarse por masticar y reír al mismo tiempo, Baba se dirigió hacia mí y me dijo:

–Está bien que quieras ayudar, pero la próxima vez es mejor que le preguntes primero a Lao Lao.

Nuestro ruidoso horno estalló y quemó día y noche durante meses. Todas las mañanas al alba, nuestro patio se llenaba de estrépito y parloteo. Entonces una mañana me

desperté en silencio. Había algo diferente. Salí afuera a ver qué era.

En el patio, Da Jiu y nuestros vecinos estaban sentados sobre el montón de leña, con las cabezas gachas, como los soldados derrotados. El fuego del horno se había apagado y había dejado un olor persistente a madera quemada.

—¿Qué pasó, Da Jiu?

—El hierro y el acero que hacíamos no eran lo bastante buenos. —Suspiró, y yo me quedé mirándolo sin dar crédito a lo que acababa de oír—. Simplemente no sabíamos tanto como para hacerlo bien —añadió.

Entonces yo también me puse triste. Trepé por el montón de leña para sentarme a su lado y apoyé la cabeza en su hombro, tan alicaída como él y nuestros vecinos.

—Pero nos esforzamos mucho.

—Sí —dijo—, es verdad.

Durante varios días todos evitamos el patio. El horno rojo abandonado estaba en el centro, solo y silencioso, junto a unos cuantos trozos de metal desperdigados y un poco de madera medio quemada. Lo rodeábamos en puntas de pie, como si estuviéramos visitando a un paciente en el hospital. De vez en cuando me encontraba a mí misma con la barbilla apoyada en la valla de bambú, mirando a mi enemigo mudo que se había convertido en un viejo amigo, mientras deseaba en silencio que volviera a rugir para mí una vez más. Pero se limitó a devolverme la mirada.

Durante semanas Lao Lao se negó a sustituir su cuchillo de carnicero y usó en su lugar uno más chico. No fue la plata lo que le impidió comprar uno nuevo, aunque a na-

die le sobraba. Fue por principios. Nuestro cuchillo grande se había sacrificado por una causa y debía honrarlo. Al menos así lo interpreté yo. El horno ruidoso también había hecho lo que había podido, aunque aquello no hubiera sido suficiente.

Al final el horno desapareció y también la madera y el metal desperdigados. Los hombres taparon los agujeros con tierra nueva y Lao Lao limpió el patio. Otra vez era libre para correr con mi triciclo, con Di Di y mis amigos, y pasé momentos tranquilos oliendo las flores y acariciando mis conejos. En nuestro jardín las mujeres volvieron a coser y a lavar, y los hombres reanudaron sus conversaciones. La vida parecía haber vuelto a lo que era antes.

Pero, entonces, ¿por qué tenía la sensación de que algo había cambiado?

Álbum de fotos



198

A los cuatro años, en el patio de Lao Lao, dispuesta a ayudar.



Lao Lao en nuestro patio (década de 1960).



Lao Lao, Lao Ye y yo (1954).